

"Les garantizo que saldrán beneficiados de este recorrido,
que les resultará un viaje de descubrimientos".

HUGO ALCONADA MON



MALVINAS

**EL LUGAR MÁS AMADO
Y DESCONOCIDO
POR LOS ARGENTINOS**

ALEJANDRA CONTI
SERGIO SUPPO

Ariel

ALEJANDRA CONTI
SERGIO SUPPO

MALVINAS

El lugar más amado y desconocido
por los argentinos

Ariel

INTRODUCCIÓN

UN LIBRO, ¿PARA QUÉ?



Camino al cementerio de Darwin. Al fondo a la izquierda, monte William, y a la derecha, monte Tumbledown.

Las islas Malvinas están ahí, cerca y lejos, para desmentir la sentencia atribuida a Leonardo Da Vinci que dice que no se puede amar lo que no se conoce. Los argentinos aman a las Malvinas, pero muy pocos las conocen. Es un sentimiento colectivo construido por décadas. También un reclamo sostenido por convicción.

La dictadura usó ese sentimiento como recurso para su propia supervivencia. Pero el grave retroceso que significó la guerra de 1982 para lograr el objetivo de recuperar la soberanía de las islas, lejos de apagar esa demanda, acentuó las emociones que despierta en muchos argentinos.

A partir de la derrota argentina y el consiguiente alejamiento de la posibilidad de que Gran Bretaña devuelva el archipiélago, la demanda social se ha reafirmado.

Junto a la política de agitar la causa sin contribuir concretamente a lograr el objetivo de recuperar las islas, hubo y hay un bloqueo al conocimiento de la realidad de las Malvinas hoy, sobre todo de su población, de las personas que viven en ellas, de sus ideas y vida cotidiana.

Muchos argentinos prefieren mantener a las islas Malvinas en una nube de sensaciones, algo que no se puede tocar, no se puede ver, no se puede cambiar. Desde el poder se indujo fuertemente esta actitud.

Descubrir la geografía, el clima, la naturaleza, lo rural y lo urbano parecen vedados no solo por la dificultad económica de viajar a las islas para la mayoría de los argentinos, sino principalmente por una intención deliberada que busca ocultar un aspecto de la realidad que, nos guste o no, existe. No reconocerlo limita nuestra libertad de discernimiento, de evaluar y debatir desde lo político y lo diplomático qué es lo mejor y lo peor para nuestro país, más allá del interés electoral de turno y de los sentimientos de sectores particulares.

En muchos casos, Malvinas se convirtió en un sinónimo del reconocimiento y de la emoción que despiertan las extraordinarias historias de valor y sufrimiento de los combatientes. Ese agradecimiento eterno, válido y sincero, es también utilizado para congelar y reducir todo el complejo fenómeno que nos enfrenta a Gran Bretaña al hecho de la guerra.

El reconocimiento a nuestros soldados, una actitud noble y de sentido histórico de la enorme mayoría de los argentinos, es a veces utilizado como una coartada que trata de impedir la exploración de alternativas y acciones concretas orientadas a que las Malvinas sean recuperadas por la Argentina.

En todo conflicto político o diplomático, las propuestas que se limitan a todo o nada suelen terminar en nada. Para los gobiernos populistas, esta opción es la preferible, porque mantener vigente un conflicto concita la adhesión instantánea de sectores nacionalistas, y cada voto cuenta. Con esto en la mira, Malvinas fue convertida por el relato encaramado en el poder, prácticamente, en una causa sagrada, cuasi religiosa.

La dificultad del objetivo de recuperar las islas y la sospecha de que tal vez la solución pase por algo diferente a la disyuntiva binaria espanta a los políticos sin envergadura de estadistas. ¿Cómo van a quedar en la Historia? ¿Como el gobierno que solucionó el conflicto o el que cedió en esta causa sagrada ante Gran Bretaña?

Este libro intenta remediar en una pequeña proporción el desconocimiento sobre las islas y sobre el largo proceso de

cuarenta años que siguió a la guerra de 1982. Invita también a reflexionar sobre este conflicto que seguirá vigente en nuestra política exterior muchas décadas más.

Llevamos una pregunta en la valija durante varios días a lo largo de nuestro viaje por tres continentes y muchas horas de vuelo hasta arribar por fin a escasos setecientos kilómetros de la costa continental: ¿qué pasó en Malvinas después de la guerra?

En las páginas que siguen podrán encontrarse varias respuestas a esa pregunta. No son definitivas. Hay y habrá otras.

Las islas mantienen su geografía arisca y salvaje, en la que la desolación se conjuga con el viento y el frío. Pero el paso del tiempo permite encontrar un paisaje distinto en su geografía humana y política. La mayoría de los isleños, tanto en la zona urbana de Puerto Argentino (Stanley) como en las estancias del archipiélago, nació después del conflicto de 1982. Contrariamente a lo que se podría presuponer, esto no los distancia de la guerra y de los sentimientos de sus mayores respecto de ella.

La guerra en las islas sigue presente en la memoria y en el presente de la población. El reclamo de nuestro país, como una némesis perpetua, refuerza la identidad que han construido empecinadamente desde 1982.

Su actitud siempre irreductible de rechazo a la Argentina tuvo variaciones leves pero notables, según hayan sido los estímulos que recibieron desde nuestros distintos gobiernos durante estos cuarenta años. Eso es visible hoy y es todavía más evidente si se comparan las experiencias recogidas en viajes de años anteriores.

La sociedad isleña se transformó y construyó una versión de la guerra, lo que ellos consideran su guerra de independencia, que incluye algo que no existía hasta 1982: una épica propia, con héroes civiles, eterno agradecimiento a Margaret Thatcher y a los militares británicos y relatos de valentía y honor.

Hay también un cambio notable desde el punto de vista económico, potenciado a partir de la declaración de la zona

de exclusión militar que le permitió imponer por la fuerza la explotación de los recursos pesqueros en el Mar Argentino. Los derechos de pesca transformaron el modo de vida austero anterior a 1982 y hoy permite ver a una población con sus necesidades básicas más que satisfechas, celosa de su estilo de vida, que incorpora migrantes para los trabajos menos calificados y que piensa en el futuro de los hijos en términos de formación educativa en Gran Bretaña.

La lana dejó de ser el único recurso, a la vez que la famosa Falklands Islands Company ya no es la única propietaria de todas las actividades privadas en Malvinas.

Este libro se trata de esos cambios ocurridos a lo largo de más de cuatro décadas, a partir de un recorrido por las islas, por sus paisajes humanos y geográficos. Las crónicas en tiempo real, como los datos y la revisión de los hechos del pasado, pretenden ser un aporte a la construcción de un proceso de reflexión sobre la disputa entre la Argentina y Gran Bretaña por la soberanía de las islas, que continúa a pesar del ancla que impulsó la guerra.

6 VIVIR EN MALVINAS



Íconos británicos en el paisaje urbano de la capital de las islas.

La expresión «la capital de las islas» por Puerto Argentino (Stanley) suena grandilocuente. El pueblo, con categoría de ciudad desde el jubileo de la reina Isabel, a principios de 2022, no deja de ser una comunidad reducida, empequeñecida aún más por la inmensidad del mar que la rodea.

Cuesta pensar cómo es la vida diaria en un lugar de menos de tres mil habitantes, donde no hay otro pueblo cercano para evadir la rutina y esquivar aunque sea por un rato las caras conocidas. La otra aglomeración de población es la militar, que se halla en la base de la Real Fuerza Aérea, donde se supo alojar a unas tres mil personas hasta antes de la pandemia, que hoy no son más de ochocientas. Fuera de eso, solo se encuentran pequeños caseríos o grupos de estancias cercanas entre sí que constituyen las localidades que vemos como puntos en el mapa.

¿Cómo se siente uno interactuando siempre con las mismas personas? Amigos y enemigos, amores y desamores, socios y rivales, todos juntos para siempre en los pocos kilómetros cuadrados de la ciudad, cruzándose en tres restaurantes y cuatro pubs. Suena a pesadilla. Pero el espíritu del isleño, de los isleños en general, es muy particular y no se altera por los desafíos que impone esa condición.

Siendo tan pocos, se deben conocer todos, ¿no? «Antes era así», nos responde una mujer que nos pide, como tantos otros, no aparecer con nombre y apellido. «Ahora no tanto; no te

creas. Hay muchos trabajadores que vienen, están un tiempo y se van. Al menos era así hasta antes de la pandemia. Ya no todos son nacidos y criados y extraño un poco eso».

Muchos extranjeros se casaron con locales y se quedaron; otros locales se casaron con extranjeros y emigraron.

Algunas costumbres de pueblo chico se mantienen. A veces, no siempre, la gente saluda con un «*bello*» cuando se cruza por la calle. Aun a nosotros nos saludaban.

En Puerto Argentino (Stanley) todo el mundo se entera enseguida de quién llega en cada vuelo y qué viene a hacer. Somos fácilmente identificables, como todo visitante. Y como todo foráneo es una novedad, es habitual recibir señas de luces desde las camionetas o saludos de gente que de esa forma expresa que ha registrado la nueva presencia.

Ellos también nos resultan fácilmente identificables. Sin embargo, la imagen que muchos argentinos tienen de los malvinenses como una población exclusivamente anglosajona y rural, dedicada a la cría de ovejas, ya no es así.

Si bien el setenta y cinco por ciento de los habitantes es anglosajón, el resto tiene origen en diferentes lugares del mundo. Y no todos son granjeros. Cada vez hay más profesionales en las islas; la gente viaja por el mundo, habla otros idiomas y forma parte de la gran aldea global, comunicada en tiempo real. Casi en tiempo real, en realidad, si se considera la lentitud y precariedad con la que todavía operan las conexiones de Internet y de telefonía.

Muchos de los residentes más antiguos, es decir, los británicos, cuentan que sus familias llevan allí ocho y hasta nueve generaciones. Ya no se advierte un sentimiento de inferioridad respecto de la metrópoli como cuando eran ciudadanos de segunda categoría. Si bien hay muchos que priorizan su status de «Falkland islander», la mayoría tiene naturalizada su condición de ciudadano de una potencia y, por lo tanto, del mundo.

Los relatos de cómo sus antepasados llegaron hasta las islas son similares a cualquier historia de migrantes de cualquier

parte del mundo, incluso de los que llegaron a Argentina desde Europa: familias, generalmente humildes o directamente pobres, en muchos casos militares veteranos de guerra y retirados, que respondieron a un aviso de la Falkland Islands Company publicado en Inglaterra o Escocia. Antes de seguir pasando necesidades en sus lugares de origen, decidieron partir al desafío de vivir en unas remotísimas islas del Atlántico Sur.

Quienes pudieron recorrer los pueblos costeros del norte de Escocia encontrarán similitudes llamativas con la única población de las islas de ese origen. Se trata de la herencia de quienes fueron algunos de los primeros habitantes luego de la apropiación del archipiélago, el 3 de enero de 1833, con el asalto a Puerto Soledad, la antigua capital de las Malvinas.

A aquellos colonos británicos les habían prometido tierra cultivable, que nunca encontraron, y un clima parecido al de Escocia o el norte de Inglaterra, cuestión que sí fue verdad. Así fue que desde 1846 empezaron a llegar a las islas los antecesores de los actuales pobladores.

Hay infinidad de relatos, incluso de autores argentinos, que describen las dificultades que debieron afrontar estas personas que pasaban de los problemas económicos en Escocia o Inglaterra a las penosas condiciones climáticas de las islas, con chicos y grandes que frecuentemente se enfermaban y morían por la falta de atención médica y una dieta limitada.

Arnoldo Canclini en su libro *Malvinas: su historia en historias* toma el testimonio del historiador isleño John Smith respecto de la forma en que impactó en la población una epidemia durante el año 1855: «En tres semanas la familia formada por John y Esther Smith vio morir a sus cuatro hijos de entre seis y doce años. Luego, los esposos John y Margaret Yates perdieron seis niños en otras tantas semanas, y fueron colocados todos en la misma tumba (...) tenían entre ocho y dieciséis años. El mismo año hubo once muertos por tifus». Hubo otras epidemias que se cobraron la vida de más niños, como la de bronquitis, en 1890, durante la que murieron veinte chicos.

«*Endurance*» (resistencia, aguante) es una palabra a la que aluden los isleños cuando hablan del estoicismo de sus antepasados al resistir y superar los desafíos. Esa resistencia hizo que sobrevivieran, se adaptaran y prosperaran en ese paisaje y en esa tierra a la que consideran, incluso, generosa.

Ese pasado de sacrificio es el capital simbólico de los isleños; el argumento que esgrimen a la hora de defender su pertenencia y posesión. «Vivíamos acá cuando nadie más quería venir», suelen decir.

No todos los recién llegados eran pobres, sin embargo. No lo eran los hermanos Lafone (franceses) que se instalaron en nada menos que la mitad sur de la isla Soledad para iniciar un emprendimiento ganadero que dio origen a la Falkland Islands Company.

Otro ejemplo que relata David Tatham en su compilación *The Dictionary of Falklands Biography* es el de los hermanos Edward y Louis Baillon, que tenían dieciocho y veinte años el día de 1866 en el que zarparon desde Inglaterra con dos amigos en un velero rumbo a Sudamérica. Pararon en varios puertos del continente con la intención de asentarse en algún lado. Por diversos motivos no los convenció ninguna de las posibilidades que vieron y decidieron establecerse en la desolada Fox Bay, en la isla Gran Malvina. Compraron allí 31.700 hectáreas y comenzaron a construir una casa. Mientras, dieron vuelta el casco del velero para usarlo como vivienda temporaria. La casa que construyeron todavía existe y es usada como cobertizo de un tractor. El mayor de los hermanos se casó con la hija de otro colono y tuvieron catorce hijos.

Como el tránsito marítimo era muy intenso en esa época en el Atlántico Sur (no existían el canal de Panamá ni el de Suez) y las condiciones marítimas y climáticas tan extremas, se producían muchos naufragios. Por eso, llegaban a las islas náufragos y aventureros de diverso prontuario. Gente dura, estos últimos, huían de todo tipo de leyes y contratiempos y estaban dispuestos a pasarlo mal al principio para ver lo que les deparaba el destino después.

No nos olvidamos de que las mismas inclemencias castigaban a los gauchos que habían quedado desde la época del gobernador argentino Luis Vernet y a los que llegaron posteriormente. Desde el comienzo de la ocupación humana de las islas iban a parar allí personas sin perspectiva alguna en el continente y la mayoría se dedicaba a las tareas rurales más pesadas.

Marcelo Beccaceci cuenta en su libro *Gauchos de Malvinas* que a veces los empleadores británicos incumplían sus contratos y no les pagaban durante el invierno, cuando la actividad decaía. Eso los dejaba en la indigencia y a la deriva, dependientes de la caridad.

Los gauchos no fueron solo argentinos, uruguayos, chilenos, ni solo de origen hispano o de pueblos originarios. También los hubo ingleses, escoceses, irlandeses, franceses, gibraltareños, muchos de cuyos descendientes aún viven en las Malvinas. La mayoría eran hombres, pero también hubo mujeres, solas y valientes, que se dedicaron a tareas rurales.

Los descendientes de anglosajones siguen siendo mayoría, pero hay un diez por ciento de santaelenos, originarios de la isla Santa Elena, más remota y perdida en el océano Atlántico que las propias Malvinas, que trabajan principalmente en el sector de servicios.

Santa Elena es la isla en la que los ingleses confinaron a Napoleón Bonaparte después de derrotarlo en Waterloo a mediados de junio de 1815 hasta su muerte, el 5 de mayo de 1821. En un viaje anterior, un simpático chef santaeleno había preguntado en broma a un grupo de periodistas argentinos: «¿Por qué no le piden a su gobierno que nos invada, a ver si Londres nos hace un aeropuerto?». Se refería a que después de la guerra de 1982 Gran Bretaña había mejorado considerablemente la infraestructura en las islas, lo que incluía un aeropuerto nuevo y conexión aérea directa con el Reino Unido. No era el caso de Santa Elena, donde hasta 2016, cuando se construyó por primera vez un aeropuerto, solo se salía en barco, o no se salía. Alcanza con googlear y ver algunas imágenes de esa isla para

darse cuenta de sus condiciones geográficas y su irremediable aislamiento.

A la comunidad de santaelenos le sigue en número la de los chilenos, que son unos trescientos, en su mayoría procedentes del sur de Chile, especialmente de Punta Arenas.

En total, hay unas sesenta naciones representadas entre los habitantes de las islas, según el último censo. No quiere decir esto que haya nativos de sesenta naciones diferentes, sino que muchos de los actuales residentes son hijos o nietos de personas de distintos orígenes. Entre los que sí son nacidos fuera de las islas, hay veinticuatro argentinos y hasta dos holandeses, además de filipinos y algunos zimbabuenses, que llegaron para retirar las minas que permanecían enterradas de la guerra de 1982 y eligieron quedarse.

Ver a los zimbabuenses es toda una novedad, ya que antes casi no había gente de raza negra en las islas. Si bien el frío es todo lo contrario al clima de su Zimbabue natal, la posibilidad de un buen trabajo, estabilidad económica y política, educación y salud gratuitas también son todo lo contrario a la realidad de su país de origen. Con siete años de residencia en Malvinas, pueden acceder a todos los derechos de los locales, lo que incluye la educación universitaria gratuita en Gran Bretaña. Además, hay poco para gastar en las islas, así que el ahorro en libras esterlinas es casi obligatorio y rinde mucho cuando se envía como remesa al exterior.

En cuanto a los pocos argentinos, casados con isleños o isleñas, son tanto o más partidarios que los nativos de que la situación política permanezca como está; es decir, bajo el mandato británico.

Los malvinenses se enorgullecen de esta diversidad que celebran los 12 de marzo desde hace no mucho, con un desfile de colectividades en el que cada grupo participa con su música, vestidos y bailes típicos.

Insisten en un punto en particular: a pesar de los diferentes orígenes, todos los habitantes quieren que las islas sigan siendo

británicas. Cuando le preguntamos a un empleado filipino de uno de los restaurantes qué pensaba al respecto, nos dijo: «No entiendo mucho del tema, pero no veo por qué las cosas deberían cambiar. Están bien así».

Cada uno aporta algo de su cultura para la vida cotidiana. Por ejemplo, constantemente hay avisos en las redes de comidas étnicas que los vecinos, a modo de microemprendimiento, producen en sus cocinas.

La inmigración es un dato de la prosperidad de la pequeña comunidad urbana de las islas. Y la multiplicación de orígenes también indica que la demanda de trabajo se expande a medida que las tareas más pesadas y menos deseables son transferidas a los extranjeros. Mozos, cocineros, pero también personal de maestranza en hoteles, restaurantes y otros servicios son por lo general llegados de otra parte. El empleo público, notablemente alto para una sociedad de origen capitalista occidental, está reservado a los isleños en su gran mayoría, quienes a su vez pueden tener otras ocupaciones privadas.

Antes de la guerra la inmigración era muy escasa. Al contrario, era más la gente que emigraba que la que llegaba y apenas algunos chilenos y argentinos se habían integrado a la comunidad, estos últimos trabajando en empresas estatales de servicios que la Argentina había instalado ahí, como YPF, Correo Argentino y LADE (Líneas Aéreas del Estado).

Los setenta, con el Acuerdo de Comunicaciones, fueron los años en los que se concretaron relaciones personales y se formaron algunas parejas entre isleños y argentinos, pero esto no alcanzó a modificar el panorama social ni las convicciones políticas ni los sentimientos de los locales hacia Argentina y sus gobiernos.

En su libro *Lo que no sabemos de Malvinas*, el sociólogo e historiador Sebastián Carassai dedica un extenso capítulo a este período.

El Acuerdo de Comunicaciones fue firmado en Buenos Aires el 1° de julio de 1971 entre Argentina y Gran Bretaña. El

objetivo era facilitar el tránsito y las comunicaciones entre las islas y el continente y lograr con eso un mayor acercamiento de isleños y argentinos. Esto, que se realizó a instancias de los británicos y no contó con el beneplácito de los isleños, logró algunas ventajas para estos últimos. Por ejemplo, la provisión de combustible, un vuelo por semana a Río Gallegos y la posibilidad de acceder a la atención del Hospital Británico de Buenos Aires. Antes de eso la alternativa era viajar cinco días en barco a Montevideo, una vez por mes.

También facilitó la educación de algunos chicos en el continente. Para 1973, señala Carassai, cuarenta y siete niños isleños estudiaban en colegios de Buenos Aires, Córdoba y Bariloche.

Además, el gobierno isleño impuso la enseñanza del castellano como segunda lengua en las escuelas locales, para lo que el gobierno argentino envió maestras que se instalaron en Stanley. Los resultados de esta experiencia no fueron los esperados por el gobierno argentino. El *background* cultural de las docentes hizo que se acercaran más a los británicos que a los isleños. Incluso eran invitadas al Colony Club, al que no tenían acceso los locales. Casi todas terminaron casadas con británicos que estaban temporariamente en las islas. Y respecto de la relación con los alumnos, si bien correctas y hasta cordiales, en alguna oportunidad las profesoras encontraron en los cuadernos notitas en las que se les recordaba que los isleños querían seguir siendo británicos.

En síntesis, el Acuerdo de Comunicaciones si bien logró cierto acercamiento no cambió el panorama político y social de las islas. En los once años que duró, desde 1976 hasta abril de 1982, no aumentó la población argentina en las islas. No solo eso: tampoco mejoraron las condiciones de los isleños como para que menguara el éxodo que hacía disminuir el número de habitantes en forma continua desde 1950. Los isleños seguían emigrando en busca de un mejor futuro. Lo único que cambió las cosas para ellos fue la guerra.

«Antes no teníamos ningún lugar a donde ir a tomar un café; mucho menos, a comer. Nos juntábamos en las casas de

los amigos, nada más. Ahora es diferente», nos contaba otra persona que vive en las islas desde antes del conflicto.

Ahora, desde 1982 en adelante, sí hay cosas para hacer. Varios pubs a los que se puede ir también a comer, los restaurantes de los dos hoteles y uno más popular, un par de cafés, y cine en el hotel Malvina House los fines de semana.

No obstante, comer o tomar algo en la capital y única ciudad de las islas es una experiencia que se puede agotar en apenas un par de horas y caminando algunas cuadras.

La dimensión del pueblo incluye una variedad gastronómica ajustada a su pequeño tamaño. Los precios, en general, guardan una cierta semejanza con los de restaurantes y locales parecidos en Londres. Con horarios y costumbres británicas, se cena entre las 18 y las 20. Viernes y sábado los horarios se extienden un poco. Sobre la calle costanera se encuentran las tres principales alternativas para salir a comer. Hacemos una recorrida por ellas.

El hotel Malvina House, ubicado frente al edificio de la Asamblea Legislativa y muy cerca del colegio y el hospital, cuenta con el restaurante más grande de las islas, con un menú muy parecido a la carta promedio en la Argentina. Pastas, carnes, pescados, risottos y pizzas conviven sin que ninguna especialidad predomine.

Quienes llegan con el prejuicio de encontrar solo carne de cordero o pescado podrán advertir que la carne ovina es apenas una más de las posibilidades. No fue así durante nuestros primeros viajes, en los noventa, cuando el cordero estaba mucho más presente en los menús. Tampoco hay tanto pescado, apenas un par de opciones y algunos mariscos. La carne vacuna aparece en todas las cartas. Proviene de un frigorífico que faena animales de un *feed lot* en las afueras de la localidad. En el mismo hotel, pero en otra zona, funciona un bar que reúne todas las tardes un buen número de personas que se encuentran a la hora del *after office*.

A unos trescientos metros del Malvina House, sobre la misma costanera, el Waterfront, el otro hotel de las islas, tiene el

mejor restaurante del pueblo, a cargo de su mánager y chef, el chileno Alex Olmedo. Con menos mesas que el Malvina House, tiene platos más elaborados. En ninguno de los comedores falta como alternativa el muy inglés «*fish and chips*» (pescado con papas fritas).

Olmedo, quien desde que llegó a las islas hace ya un par de décadas impulsó varios emprendimientos gastronómicos que le cambiaron la cara al pueblo, aprovechó el parate de la pandemia para reformar y modernizar el hotel. Le impuso una decoración contemporánea y un ambiente cálido. Fuera de los horarios de almuerzo y cena funciona como cafetería y es muy concurrida.

Un poco más alejado, pasando el cementerio que mira al mar, sobre la misma costanera, The Narrows combina pub y restaurante, con minutas y platos del día. Es un sitio en el que también se celebran cumpleaños o reuniones sociales.

Cuando fuimos, un lunes en el que el hotel no tenía servicio de comedor y no encontrábamos otro lugar para cenar, nos encontramos con que estaba reservado para un evento privado.

Por suerte sí estaba abierto Shorty's, la opción más económica para cualquier comida. Se trata de un comedor amplio y desangelado, a cuatro cuadras de la costanera, cuesta arriba, que ofrece un menú de comidas rápidas. Detalle: ahí se come un sándwich de origen chileno, similar al lomito cordobés, que se llama «Chacarero», escrito de esa forma, en castellano. Varios platos más están en la carta con sus denominaciones en español. El propietario del lugar es chileno y la mayoría del personal, de origen filipino.

Abiertos solo por la noche, tres pubs completan la oferta para salir a comer o tomar una copa. El Victory Bar y el Globe Tavern son una réplica de los clásicos pubs ingleses, con blancos para dardos, mesas con banquetas y amplias barras donde se concentra la mayor parte de la concurrencia. Un clásico: a las once de la noche suena la campana que indica que en dos minutos se servirá el último trago. La cerveza, en especial rubia, reina por sobre todas las bebidas.

La trilogía se completa con The Rose, mezcla de pub clásico con boliche para escuchar música y bailar. Allí concurre el público más joven, aunque no excluye a los más grandes, en particular a los visitantes. Los fines de semana siempre hay música en vivo y cierra un poco más tarde que el resto, cerca de la una de la madrugada.

No es lo único, aunque sí lo permanente. Con mucha frecuencia hay fiestas o bailes para distintas edades organizados por grupos de amigos o cursos escolares. El salón del colegio secundario, el de la municipalidad (Town Hall), así como algunos espacios de uso común del Malvina House sirven para esas reuniones que, según uso y costumbre, nunca terminan mucho más allá de la medianoche.

¿Qué tan bienvenidos son los argentinos en esos locales? En general, nos atienden bien. Nunca experimentamos un mal momento en este viaje ni en ninguno de los anteriores.

En otras oportunidades recibimos testimonio de personas que se habían sentido mal miradas al entrar en un pub o incluso tuvieron algún intercambio de palabras fuertes, pero no fue nuestro caso.

De día, y cuando no se trata de ir a comer, hay mucho más para hacer. Llama la atención que una comunidad tan pequeña tenga tanta cantidad de grupos que hacen actividades deportivas, artísticas y culturales. Después de la escuela, los padres, como en todas partes, llevan a los chicos a hacer deportes o arte.

Se juega al fútbol (hay una selección local y su camiseta, decíamos, se vende en las tiendas para turistas), pero también al golf, *hockey*, bádminton, pelota al cesto, ping pong, vóley. Tiro, *cricket*, arquería y atletismo también son actividades populares, como el *running*, a pesar del terrible viento, tan fuerte que a veces corta la respiración.

Navegación a vela, *jet sky* y *windsurf* son habituales y en verano algunos isleños se animan con el buceo. La pesca de trucha y el *motocross* tienen sus fanáticos. Hay carreras de caballos que se corren para fechas especiales, como Navidad.

Además, se realizan muchas actividades solidarias, en beneficio de gente de las islas pero también del exterior, por ejemplo, para las víctimas de la invasión rusa a Ucrania. En el atrio de la iglesia anglicana pudimos ver las mercaderías donadas con ese fin.

Para nuestra sorpresa, la guerra en Ucrania por la invasión rusa también tiene una connotación negativa que involucra a Argentina. Durante la cuarentena leímos que los isleños se sienten identificados con ese país en su condición de invadido por una potencia más grande. Días después tendríamos la posibilidad de hablar con quienes sostienen esa idea y ver que la bandera de Ucrania estaba en uno de los mástiles de la gobernación.

A vuelo de pájaro y con mirada de visitante, el pueblo es prolijo y tranquilo. Un lugar agradable que deja una sensación de prosperidad y seguridad.

Sabemos que no es un lugar idílico; que tienen los problemas que acarrear el aislamiento y la soledad, que se suelen ver en otros lugares como los países nórdicos; que no todo es tan equitativo como parece, que hay desigualdades, resentimientos y reclamos. Pero no venimos a instalarnos, sino a ver cómo viven quienes viven aquí para poder contarlos, y eso es lo que hacemos.